

EL AMOR NO VIENE EN UN RAMO DE ROSAS ROJAS

Jennifer Lihim

El amor no viene en un ramo de rosas rojas



JENNIFER LIHIM

Capítulo 1

Le tomó exactamente cinco segundos deshacerse de los siete botones de la blusa de Juliana, sin percatarse que desprendería uno de ellos por el apuro de quitársela de un solo golpe. La prenda puesta le quedaba muy bien, la tela de seda brillante adherida a su piel delineaba su figura y dejaba apenas un sumiso escote que encendía su imaginación con ardientes escenas que deseaba recrearlas con ella. Sólo que, en esa oportunidad, apenas contaban con unos pocos minutos, y lo mejor era improvisar.

La blusa cayó con la misma prisa que ellos tenían. El botón desprendido se perdió de vista en una habitación en la que sólo había ojos para el deseo y para el sujetador con encajes color rosa. Juliana besaba enloquecida al profesor de piano, sus manos se deslizaban por su espalda desnuda hasta detenerse en un punto en el que lo asía con mucha fuerza para apretarlo contra su cuerpo. Mientras tanto, él, luego de haberse deshecho de la blusa, buscaba con desesperación el cierre de la falda negra para librarse de ella y dejar al descubierto sus contorneadas caderas. Juliana, al darse cuenta del nulo éxito del profesor en esta tarea, decidió tomar la posta y bajarse el cierre que no se encontraba en la parte posterior sino al lado derecho. El profesor, colocó sus manos a ambos lados de la apretada falda y como quien se deshace de algún molesto insecto, se la bajó de un solo tirón.

Continuaron besándose. Juliana alborotaba los cabellos castaños del profesor, y éste buscaba un último broche en la espalda de ella. Su destreza para tocar el piano le aportaba una grandiosa habilidad para encontrar a ciegas la tecla o broche que andaba buscando. Hasta que lo encontró. Y se deshizo de él. Y unos exquisitos senos se soltaron de inmediato. El profesor besó el cuello de Juliana y sintió ese ligero perfume que ella acostumbraba a usar todos los días. Sus besos fueron bajando, buscando lugares más placenteros donde instalarse. Sus manos acariciaron sus senos y sus labios rozaron ambos pezones, dándoles una contractilidad muy intensa que provocó en ella una excitación que iba acrecentándose con cada roce más.

Se sentó al borde de la cama y Juliana, aún de pie, giró hacia él. Él la cogió de su cintura y besó su vientre plano. Juliana se acomodó sobre él, separando sus piernas para adherirse a él, para dejar que la penetrara, de una vez, porque los minutos se agotaban y porque sus ganas tampoco resistirían un segundo más. El profesor la tomó de sus nalgas y ella empezó a moverse sobre él, con ritmo, con placer, con desesperación. Luego con un brazo envolvió su cintura para mantenerla más cerca y con el otro la tomó de sus cabellos, con la cabeza girada hacia atrás, con el rostro buscando el cielo y con sus pechos apuntando directamente hacia él y rebotando con cada salto. Juliana se apoyaba sobre sus fornidos

hombros sin dejar de moverse, rápido, cada vez más rápido. Los minutos ya casi estaban desapareciendo y había que moverse rápido, sin detenerse, rápido, tan rápido como para llegar a emitir ese último gemido de máximo placer y más rápido todavía como para evitar ser descubiertos.

Y movimiento tras movimiento, y brinco tras brinco, el profesor descargó en ella todo el gozo contenido. Y Juliana no tardó en sentirse extasiada de tanto placer. Se dieron un par de besos más y el reloj, único testigo acusador, marcó las cuatro de la tarde.

- Rápido, vístete – dijo Juliana separándose del profesor – Rápido que ya debe estar llegando.
- Estuviste magnífica – dijo él tomando su ropa con lentitud – Deberíamos arreglar esto de los horarios.
- Ya veremos – dijo ella.

Terminaron de vestirse y de acomodar lo poco que habían desacomodado. Más allá de sus cabellos, lo único que faltaba arreglar era el cobertor del borde de la cama que contaba con unos pliegues superficiales añadidos por el movimiento. Por lo demás, todo estaba conforme, a excepción del botón de la blusa de Juliana, que permanecía en el mismo lugar en donde cayó, en la parte central de la habitación, y sin que ella ni nadie pudiera darse cuenta.

- Pero si son las cuatro con cinco – señaló el profesor de piano.
- ¿Y eso qué?
- Que teníamos un par de minutos más.
- Renato – y Juliana dirigió una mirada instigadora sobre él – Felipe puede llegar en cualquier momento y necesito que te vayas a la sala. O cómo le explicarías que andas saliendo de mi cuarto si llegase a verte.
- Pues le diría que estaba dándote unas lecciones de percusión – dijo acercándose a Juliana para tratar de besarla.
- Renato, por favor. Vete a la sala – Juliana lo besó rápidamente y agregó – Terminó de arreglarme y te alcanzo ahí.

Renato bajó a la planta inferior y se sentó en uno de los muebles de la sala. Cogió su maletín y sacó un folder con unas hojas llenas de partituras. Trató de ordenarlas y buscó una en particular, Para Elisa, y después guardó lo demás. Miró su reloj y el minuterero marcó el minuto quince. Juliana en su habitación, se echaba un poco de perfume y, al mismo tiempo, en la puerta de entrada de la casa, un muchacho de dieciséis años insertaba la llave en la cerradura.

- Hola Felipe, ¿cómo estás? – saludó Renato ni bien lo vio ingresar.
- Profesor, ¿hace mucho que ha llegado?
- No, acaba de llegar – intervino Juliana bajando las escaleras y acercándose a Felipe para saludarlo con un beso. – Y de todas maneras agradezco su puntualidad. ¿Cómo te ha ido en la escuela cariño?
- Pues ahí...
- ¿Qué significa 'ahí'?
- Después hablamos mamá – Felipe hizo una seña a Juliana sugiriéndole que no hiciera más preguntas por tener al profesor cerca a ellos.

- Está bien.
- Hoy tocaremos algo de Beethoven – dijo Renato – Hemos empezado bien y por lo que he podido ver, tienes mucho talento para esto Felipe.
- Gracias profesor.
- Bueno, yo los dejo. Voy a la lavandería a recoger los ternos de tu padre y regreso en un par de minutos – Juliana se acercaba a la puerta para salir.
- ¿Mamá?
- Sí cariño, dime. ¿Necesitas que te traiga algo?

Y caminando hacia ella, Felipe se acercó con disimulo y cerca de la oreja de su madre le dijo:

- A tu blusa le falta un botón.

Juliana bajó la mirada y notó la abertura que se hacía sobre su abdomen, dejando al descubierto una parte de su sujetador, pero no se inmutó y su rostro no cambió de expresión a pesar que sabía muy bien en qué momento lo había perdido.

- Estas blusas no son tan buenas como parecen... - y subiendo nuevamente las escaleras, fue a cambiarse antes de salir.

Capítulo 2

2. Las clases de piano

- A ver Felipe, veamos. ¿Cómo vas con los acordes?

Y Felipe acomodó sus manos sobre el teclado del piano para empezar a tocar. Era un muchacho muy metódico y responsable. Todos los días destinaba una hora por la tarde para practicar las lecciones aprendidas que Renato le daba cada viernes de la semana. Era un adolescente simpático, que con el pasar de los días iba adquiriendo la apariencia de un joven muy guapo, tanto o más que su padre. Cabello negro con las puntas llegando hasta el borde superior de las orejas y cubriendo gran parte de su frente. Le gustaba llevarlo así, un poco desordenado. Su rostro era delgado, su piel tersa y lozana, libre de imperfecciones, ya que los cambios típicos de la adolescencia no se ensañaron con él. Sus ojos pequeños bajo unas cejas pobladas, dándole una enigmática profundidad a su mirada. Sus labios delgados que dejaban al descubierto una dentadura muy bien alineada cada vez que sonreía.

Quería ser músico, eso lo tenía bien claro. Por eso, a inicios del año escolar, cuando todos los alumnos debían escoger un taller libre, él eligió inscribirse en el taller de guitarra. Dos fueron las razones: la primera era que dentro de la lista de talleres no había uno de piano. Y la segunda porque ningún otro taller llamó su atención.

- Una vez más – intervino Renato cuando Felipe terminó de tocar los acordes mayores y menores – Lo estás haciendo bien pero debes hacerlo con mayor seguridad, sin titubear sobre el siguiente movimiento. Tan seguro que aunque te equivoques, nadie pueda notarlo.

Renato, el profesor de piano, era un tipo con muchas agallas, un hombre muy práctico, sin problemas, muy carismático y que caía muy bien a cualquiera, motivo por el cual simpatizó muy rápido con Juliana, hasta llegar al punto de acostarse con ella. Pero para él, esto no era nada grave. Sabía que se trataba de algo pasajero, sabía que Juliana tampoco lo tomaba en serio, que para ella era como un antojo que se le apeteció probar debido a que su matrimonio pasaba por esas fases de aburrimiento y que, mientras todo marchara bajo esas normas, no habría nada de malo

en tocar, en la misma casa, algo más que el piano.

- Bien Felipe – continuó Renato cuando terminó de escuchar a su alumno – Ahora empecaremos con esta partitura. Vas a ver que es muy sencillo. Voy a tocar la pieza completa y quiero que escuches con mucha atención, quiero que te familiarices con la melodía y que vayas identificando algunas notas.

Renato se preparó y sin mucho preámbulo empezó a tocar. Sus largos dedos comenzaron a deslizarse por el teclado, dedos largos y muy seguros. Tenía una postura muy cómoda e imponente, como de quien se jacta al demostrar sus habilidades con superioridad. Y es que a sus treinta y dos años, llevaba al menos diez dedicándole gran parte de su tiempo a desarrollar este talento, cinco años como profesor en escuelas, dos meses como profesor de Felipe y un mes como amante de Juliana. Un tipo práctico, sin lugar a dudas y sobre todo, muy profesional.

Felipe escuchó la melodía mientras miraba los movimientos que Renato hacía delante del piano. Era un buen profesor, tenía mucha paciencia y mucho tino a la hora de enseñar. Felipe admiraba su destreza y su habilidad al interpretar cualquier melodía, admiraba la facilidad con la que tocaba cada pieza y la sutileza con la que acariciaba cada tecla. Era un buen profesor, sin lugar a dudas, con un encanto especial además, capaz de encantar a cualquiera.

- Eso estuvo maravilloso – la voz de una mujer hizo que ambos giraran. Juliana acababa de llegar de la lavandería y se encontraba apoyada de lado sobre una pared a la entrada de la sala, consiguiendo que su silueta pronunciara más sus serpenteadas formas.
- Muchas gracias – dijo Renato verdaderamente complacido – Pero ahora es turno de Felipe. También será maravilloso cuando él pueda hacerlo por completo.
- Estoy segura que sí – añadió Juliana – Felipe, estaré en mi habitación. Profesor, siéntase como en su casa.

Y con estas sugerentes palabras, Juliana dio media vuelta y desapareció. Renato sintió una fuerte compulsión por seguirla, sobre todo porque la blusa nueva con la que se había cambiado, contrastaba perfectamente con el color de su piel.

En los cuarenta minutos restantes, alumno y profesor, practicaron la primera parte de *Para Elisa*. Felipe aprendía rápido y Renato disfrutaba mucho el poder avanzar más rápido con las lecciones, para exigirle más y para poder convertirlo en un excelente pianista de ser el caso.

- Podríamos tener las clases dos veces por semana – dijo Felipe al término de la sesión.
- Me parece muy bien – e incluyó en sus pensamientos los beneficios que traería el poder visitar más seguido a su alumno y a la madre de éste.
- Se lo diré a mi mamá. No creo que tenga ningún problema.
- Tampoco lo creo. Despideme de ella y que me llame para coordinar la siguiente clase o en todo caso, nos vemos el siguiente viernes. Sigue practicando Felipe. Adiós.

Y luego de cerrar la puerta, Felipe subió a la habitación de Juliana, quien

miraba televisión acostada sobre la cama.

- ¿Mamá?
- Sí cariño, dime.
- Quisiera tomar las clases dos veces por semana.
- ¿Se lo preguntaste al profesor?
- Sí.
- ¿Y qué te dijo?
- Que lo llamaras para coordinar la fecha en el caso que estuvieras de acuerdo.

Juliana lo pensó por un instante y en ese instante aparecieron imágenes que poco tenían que ver con potenciar el talento de Felipe. Sin embargo, ésta tendría que ser la razón principal para tener que aceptar.

Capítulo 3

3. La familia casi feliz.

Juan Diego llegó a casa pasadas las siete, cuando Juliana terminaba de poner la mesa para la cena. Era un hombre alto y robusto, vestía siempre con cierta elegancia y tenía un porte muy apacible. Amaba a su esposa, adoraba a su hijo, se sentía muy a gusto con su trabajo; en otras palabras, era muy feliz con su familia y con su vida en general. ¿Cómo explicar entonces el comportamiento de Juliana? Pues aún no había respuesta, porque a Juan Diego no se le habría ocurrido hacerse esa pregunta ni siquiera por casualidad.

- ¿Cómo te fue en el trabajo, mi vida? – preguntó Juliana cuando ya todos estaban sentados a la mesa. “¿Cómo te fue en el trabajo, mi vida?” Era la pregunta que casi todos los días le hacía a Juan Diego ni bien llegaba. Y “mi vida” era la frase con la que solía llamarlo desde hace casi veinte años.
- Pues como siempre – Y el “como siempre” era, literalmente, como siempre. Una respuesta que Juan Diego acostumbraba a dar desde hace varios años, como siempre – El próximo mes salgo fuera.
- ¿Otra vez? – preguntó Juliana. Hasta hace dos semanas que había regresado, luego de haber estado fuera por cuestiones de trabajo, reuniones en las que era designado para representar a la marca para la cual trabajaba.
- Bueno sí, las ventas están creciendo y estamos en una etapa en la que necesitamos consolidar más puntos de venta en otros países y cerrar más contratos. Las cosas en la empresa están marchando muy bien.
- ¿Y para dónde te vas? – preguntó Felipe.
- Estados Unidos. California.
- ¿Y por cuánto tiempo? – preguntó Juliana.
- Cuatro o cinco días.

Nadie más dijo nada. Tampoco hubo nostalgia en el desarrollo de la conversación. Total, era un viaje más. Y las únicas preguntas que podían hacerse al respecto fueron hechas sin mayor sorpresa.

- ¿Y qué me dicen ustedes? – preguntó Juan Diego cuando enrollaba los fideos con el tenedor para llevárselos a la boca.
- Max hará una fiesta por su cumpleaños el subsiguiente sábado... - comentó Felipe sin mirar a ninguno de sus padres.
- Está bien Felipe, puede ir – Juliana se adelantó a la pregunta de rigor que su hijo solía emplear para pedir permiso.
- ...en la casa de playa de sus padres – finalizó Felipe.
- ¿Y estarán sus padres? – Juan Diego detuvo el tenedor a pocos centímetros de su boca.
- Mmm... No.
- ¿Pero cómo diablos le dejan hacer una fiesta sin supervisión a ese muchacho? – intervino Juliana.
- Mamá, va a cumplir dieciocho.
- ¿Y eso qué? – dijo ella.
- Felipe, que cumpla dieciocho no lo hace más responsable. Sabemos que Max es amigo tuyo y precisamente porque lo conocemos de tiempo es por lo que nos sorprende tanta

libertad. Ese muchacho es bueno, pero se mete en cada lío... – complementó Juan Diego dejando el tenedor sobre su plato.

- Pero es sólo una fiesta papá. ¿Qué podría pasar?
- No es 'sólo una fiesta' Felipe, pero podrás ir, sólo que antes llamaré a la casa de sus padres para tener más detalles.
- Pero mamá...
- Estoy de acuerdo con tu madre. ¿Por cierto Juli, recogiste los ternos?
- Sí, mi vida, están en el closet.

La cena concluyó en breve y entre todos levantaron la mesa. Juliana se acercó al lavadero y empezó a lavar los platos que habían quedado sucios.

- Ah papá. Creo que tomaré las clases de piano dos veces por semana – dijo Felipe poco antes de marcharse a su habitación.
- Bueno, si es lo que quieres, por mí no hay problema.

Juliana continuó lavando los platos sin hacer un solo comentario. Cuando Felipe ya se había ido, Juan Diego se acercó a ella y la cogió por la cintura, besando su cuello.

- Aquí no. Espera que termine con esto.
- Entonces déjame ayudarte para terminar más rápido.

Y cogiendo un secador, Juan Diego se puso a ordenar los platos limpios. Y tras dejar la cocina reluciente, subieron a su habitación. Juliana prendió el televisor y se recostó sobre la cama. Juan Diego cerró la puerta y se quitó los zapatos y las medias. Apagó la luz, quedando alumbrados por los destellos de la pantalla que estaba frente a ellos. Se quitó la camisa y caminó hacia el otro lado de la cama, cuando un fuerte quejido lo obligó a sentarse y a cogerse el pie.

- ¿Qué pasó? – preguntó Juliana preocupada.
- No lo sé, creo que he pisado algo – dijo Juan Diego, mirando la planta de su pie, con una expresión de dolor – Prende la luz por favor.

Ante la claridad, Juan Diego notó una pequeña marca roja en la planta del pie, cerca del dedo pequeño. Miró al suelo, Juliana lo miraba a él, y juntos encontraron el objeto causal de tan mal paso. Un botón. Un botón aperlado, desprendido de una blusa que también fue desprendida horas antes. Un botón que cayó junto con toda la ropa que ella llevaba puesta y que él hubiese deseado quitar. Juan Diego recogió el botón y se lo enseñó a Juliana.

- Se me debe haber caído esta mañana – dijo ella sonriendo descaradamente – Estas blusas ya no las hacen de tan buena calidad.
- ¿Así? – Juan Diego se acercó a Juliana para besarla y ella respondió a sus besos de forma mecánica. Lo besaba en el sentido de juntar sus labios con los de él y, más que eso, se dejaba besar, y eso era todo.
- Espérame, déjame guardar este botón en un lugar seguro – y se acercó a uno de sus cajones para guardarlo.
- ¿Cuándo tienes la cita con el médico?
- El lunes.

- Ah, qué bien. Trataré de salir temprano del trabajo para poder acompañarte.
- No te preocupes, mi vida. Tan solo es para ver si necesito continuar con las píldoras según los resultados de la ecografía. No es nada importante.
- ¿Nada importante? No digas eso – contestó él – Sabes que para mí esto es muy importante.
- No me has entendido. Lo que quise decir fue que no tienes que preocuparte por acompañarme a una visita de rutina. Ya sabes lo que me dirá, que siga con el tratamiento al menos un mes más.
- ¿Entonces en un mes veremos si el tratamiento funcionó?
- Eso creo.

Juan Diego había conversado con Juliana sobre la posibilidad de tener un segundo hijo. Él lo quería realmente pero ella, más bien, no se veía muy convencida del todo. Tener un hijo después de dieciséis años, cuando ya casi tenía cuarenta y cuando volvía a sentirse tan viva gracias a un hombre que no era el padre de su único hijo, precisamente.

Aquella noche y por mucho que ella intentó evitarlo, dejó que su marido le hiciera el amor. Él era tan tierno y tan dulce con ella, tan atento, tan buen padre, tan buen esposo, tan correcto, pero en algún momento todo eso se volvió tan apático, tan soso, tan aburrido. Y entonces apareció Renato, tan joven, tan lleno de vida, tan talentoso, tan nuevo, tan incorrecto, tan intenso.

Cuando todo empezó, se cuestionó muchas veces el papel de esposa infiel con el que estaba jugando pero, por otro lado, esa nueva aventura, la hacía sentir tan bien que lo tomó como una urgente necesidad para evitar que su matrimonio terminase por extinguirla. Sin embargo, su incipiente romance aún no contaba con fecha de caducidad, a pesar de que ella se repetía que sólo se trataba de un simple juego, que habría que tomarlo con precaución para evitar que se volviera adictivo o que habría que detenerlo antes que alguno de los jugadores perdiera la partida. Sabía muy bien que lo mejor era dejar el juego inconcluso.

Capítulo 4

4. Hay un plan

Martes. El reloj marcó las tres con treinta y cinco. El timbre sonó. Juliana se apresuró a abrir y Renato se apresuró a entrar. De inmediato tiró el maletín al piso y se abalanzó sobre Juliana para besarla.

- ¿Señora? – un hombre carraspeó cerca a ellos simulando no haber visto nada – Necesitaré hacer un pequeño orificio adicional en la pared para poder instalar las persianas. Haré un poco de ruido.
- Sí claro, cómo no – dijo ella. El hombre se alejó, conectó su taladro y empezó a hacer breves ruidos molestos con el aparato.
- No me dijiste que tendríamos visita – dijo Renato con un tono sarcástico.
- Pensé que terminaría mucho antes pero ya ves que siempre se tardan más de lo debido para justificar el alto costo de sus honorarios.
- ¿Y entonces qué?
- Que tendremos que esperar a que se vaya.
- ¿Y cuánto le falta?
- No tengo idea.
- Ehhh... ¿Señor? – Renato se acercó al hombre que hacía un agujero con su taladro pero éste no lo escuchó - ¡Señor!

Y el hombre giró apagando su herramienta.

- Sí, dígame.
- ¿En cuánto tiempo terminará su trabajo? Sucede que mi mujer y yo tenemos que salir, y no podemos esperar mucho tiempo.

Juliana miró a Renato con algo de sorpresa pero sonrió y no dijo nada.

- No más de quince minutos. Disculpe la demora pero no tenía previsto que el soporte no encajara con...
- Descuide. Y más bien trate de apresurarse.

Renato miró su reloj y luego miró a Juliana. Quince minutos o puede que veinte. Siempre se tardan más de lo previsto para justificar el alto costo de sus honorarios. Tomó de la mano a Juliana y se la llevó hasta la escalera. Se sentaron en el tercer escalón y la besó, tocando con ambas manos todo su cuerpo, deseando poder quitarle toda su ropa e imaginando que podría hacerle el amor ahí mismo, incluso teniendo cerca al hombre que colocaba las persianas. Juliana pensó lo mismo pero procuraba ponerle límites a los ilimitados deseos de ambos. Alguna parte razonable debía quedar en tan irracional relación entre dos incandescentes amantes.

- ¿Señor? – el hombre volvió a carraspear otra vez a unos pocos pasos de ellos – Las persiana están listas.
- Déjeme verlas – contestó Juliana reponiéndose y recobrando la compostura.
- Es muy minuciosa – Renato se dirigió al hombre.

- Ha quedado bien – dijo Juliana finalmente y trayendo su cartera para sacar el dinero añadió – Aquí tiene. Muchas gracias.
- Aquí le dejo mi tarjeta para cualquier otro servicio – guardó el dinero en su bolsillo y dio la mano a Renato diciéndole – Tiene usted una casa muy bonita.
- Desde luego – afirmó él, despidiendo al trabajador de su 'bonita casa'.

Ya casi eran las cuatro. Y Felipe llegaría en cualquier momento. Tenía esa frase grabada desde la primera vez que se acostó con Juliana. Qué frase para molesta, pensó. Tomó su maletín y se sentó en el sofá, a esperar. Juliana lo observó y se sentó un poco alejada de él pues 'Felipe podría llegar en cualquier momento'.

- El otro mes, mi marido se va de viaje.
- ¿Y te vas con él?
- ¡No! De ninguna manera. Se va por trabajo. Viaja a menudo.
- Ah, qué bien. Debe tener un puesto muy importante.
- Sí, trabaja mucho pero eso no es de lo que te quería hablar.
- ¿Entonces de qué?
- Que estará fuera de casa cuatro o cinco días. ¿Entiendes? – agregó Juliana con un toque de coquetería.
- Más o menos pero ¿y Felipe?
- Podría arreglármelas para que se quedara un día o dos en la casa de algún amigo. Eso sí, tendría que inventarme algo muy convincente.
- ¿Y te creería?
- Bueno, es la primera vez que le mentiría. Tampoco es que me guste mucho la idea pero creo que por una vez no me podrá condenar.
- OK... entonces invéntate una buena justificación que yo me encargo de inventarme una velada inolvidable para esos dos días.

Y antes que Renato pudiera acercarse a besarla, el sonido de la puerta lo contuvo y quedó a la expectativa de ver quién ingresaba.

Felipe entró. Saludó con un beso a su madre y con un apretón de manos a Renato. La sesión de la tarde empezó. Juliana se quedó en la sala hojeando una revista de decoración de interiores, le gustaba renovar los espacios cada cierto tiempo, poner algo nuevo y deshacerse de aquello que ya no le gustaba. De esa forma se mantenía ocupada la mayor parte del tiempo, aunque su verdadera pasión era la repostería. Asistía a todo curso, evento y reunión relacionada con este oficio y ni bien aprendía algo nuevo, lo replicaba en casa.

El teléfono sonó y Juliana fue a contestar. Renato escuchaba lo bien que su pupilo dominaba la primera mitad de Para Elisa y no dudó en felicitarlo.

- Eres muy bueno – dijo palmoteándolo sobre el hombro.

Felipe sonrió. Se había sentido halagado. Si seguía así, podría convertirse en un gran pianista. Si seguía así, bajo las enseñanzas de su profesor, aprendiendo de él, siguiendo sus pasos, admirando su talento, su paciencia, su buen humor, su simpatía, su buen trato y su buen dominio

para dirigir al aprendiz que era, se convertiría en un gran músico, seguro que sí.

Capítulo 5

5. Dos semanas

Se dice que el tiempo avanza rápido, que muchas veces va en contra de uno mismo, y que si no lo aprovechamos, podrían perderse oportunidades valiosas y experiencias indispensables para disfrutar de la vida.

Pero en dos semanas, la velocidad con la que el tiempo había avanzado para ellos, fue suficiente para que se dejaran arrastrar por la corriente que iba en contra, aquella que se oponía a las impecables normas establecidas por la sociedad, aquella que cuestionaba creencias y que señalaba la inmoralidad de afectos que debían ser reprimidos por no considerarse correctos.

En las siguientes dos semanas, previo a su viaje a California, Juan Diego trabajó como siempre, por las mañanas se despidió de su mujer y de su hijo como siempre, regresó a casa por la noche como siempre, cenó con su familia como siempre e intentó hacerle el amor a Juliana como siempre.

En las siguientes dos semanas, Juliana cambió el color de las paredes de su habitación, asistió a un curso en el que aprendió a preparar una torta de lúcumas, se recortó las puntas de su cabello, se fue de compras y adquirió sábanas nuevas y lencería nueva, visitó a su madre, recibió la visita de una amiga, asistió a una reunión en la escuela de Felipe, acudió a una nueva visita con el médico en donde le dijeron que podría quedar embarazada en cualquier momento si así lo desease, luego mintió a su esposo diciéndole que el médico le había indicado que continuara con el tratamiento al menos por un mes más, dejó que le hiciera el amor muy pocas veces, escuchó todas las tardes practicar a Felipe frente al piano, lo escuchó hablar muy bien del profesor, recibió al profesor dos veces por semana cerca de las tres con treinta, tuvieron sexo casi antes de todas las sesiones, coordinó con él la estadía de los días en los que Juan Diego estaría fuera y se libró de tener que mentir a Felipe para sacarlo de la casa por esos días puesto que fue éste quien le pidió permiso para quedarse en la casa de Max a estudiar para un examen. En dos semanas, Juliana organizó actividades, acomodó sus sentimientos y sintió que era hora de tomar decisiones.

En esas dos semanas, Felipe asistió al cumpleaños de Max en la casa de playa y la pasó estupendo, coordinó con él para quedarse a estudiar antes del examen de biología, practicó todas las tardes Para Elisa y otras melodías frente al piano, tomó sus clases de guitarra en la escuela y sus clases de piano en casa, escuchó atento a Renato, se sintió muy a gusto al ser elogiado por sus avances, se sintió confundido algunas veces, contempló su postura, la elegancia de sus dedos tocando cada tecla, la

firmeza con la que le decía que podría ser un gran músico, la seguridad con la que le hablaba, el tono de su voz, lo diferente de su mirada. En dos semanas, aquella confusión se fue evaporando con cada felicitación, con la omisión de llamarlo 'profesor' para pasar a llamarlo por su nombre y poder tutearlo, con cada nota musical y con la sensatez de sentirse loco por creer que la admiración inicial que sentía se había convertido en algo mucho mayor.

Capítulo 6

6. La torta de lúcuma.

Juliana escogió el vestido guinda, el que le quedaba entallado, el que contorneaba mucho mejor sus caderas, el que la hacía lucir más esbelta, delgada, exuberante, sensual, provocativa. Tacones de charol, tan brillantes como los pequeños pendientes que colgaban de sus orejas, como la sonrisa que aparecía cuando se miraba al espejo o cuando veía en el reloj que la hora estaba cerca. Cabello recogido a un lado y perfume dispuesto en áreas de piel en su mayoría escondidas para que la fragancia pueda impregnarse y durar más hasta que todos esos escondites hayan sido descubiertos por él. Ojos bien delineados con un lápiz negro y labios con la misma tonalidad de su vestido.

Cuando estuvo lista salió de su habitación, la cual también había quedado lista, y bajó las escaleras. La idea de encontrarse completamente sola le gustó muchísimo, sobre todo porque en los próximos minutos dejaría de estarlo gracias a la compañía de la persona que había esperado tanto. Caminó hacia la cocina y prendió el horno. En un molde aparte, una masa oscura y fofa esperaba su turno para cocinarse. Había preparado la torta de lúcuma que aprendió en el último curso de repostería al que asistió. Esperó a que el horno se precalentase y luego introdujo la preparación. Reguló la temperatura y cronometró el tiempo. Veinticinco minutos a partir de ahora. Sacó del refrigerador algunos elementos más que le servirían para la decoración y los dispuso sobre la mesa de mármol. Fudge de chocolate, crema chantilly en una manga pastelera, crema de lúcuma en un bol y un recipiente con cerezas. Tomó una de ellas y la introdujo en su boca, y la sintió exquisita.

Caminó hacia la sala y encendió el equipo de sonido. La melodía de una balada confinó el espacio con ideas vagas y difusas sobre el amor y el romance. Pedro Suárez-Vértiz comenzaba así a entonar una hermosa canción...

"Cuando recuerdo tus besos, busco un tranquilo lugar, donde apoyar mi cabeza, donde ponerme a soñar..."

Y pensó en Renato y soñó despierta con él. El modo en que la tocaba, en que la besaba, la pasión con la que ambos se entregaban. Miró la hora en su reloj y vio que casi era el momento. Se sentó en el sofá y esperó ansiosa el sonido del timbre. Recostó su cabeza en el respaldo y recordó el momento en el que todo había empezado. Las miradas cómplices, la galantería de él, la coquetería de ella. Pensó en el día en el que Felipe demoró en llegar a casa. ¡Ese día! Cuando sentados en ese sofá frente a frente, quedaron en silencio porque dejaron de hablarse con palabras. Cuando se dio cuenta que la mirada de Renato la recorría por completo

como queriendo desnudarla a tal punto de que ella misma se sintiera desnuda también.

- Es usted una mujer muy guapa – le dijo aquella vez.

Y aquella vez tan solo atinó a sonreírle.

- Tiene usted unas manos muy lindas – continuó – A lo mejor y también podría tomar unas clases conmigo.
- No me gusta el piano – respondió sonrojada.
- Pero a mí sí me gustan sus manos – dijo él con atrevimiento - ¿Me permite?

Y acercándose a ella, tomó una de sus manos y la besó. Juliana se quedó quieta y asombrada. ¿Cómo se atrevía a hacer algo así si sabía que ella era una mujer casada? Y lo peor de todo, ¿por qué ella permitía que él siguiera acercándose, que tomara su mano y que la besara, si era una mujer casada?

- Mi hijo puede llegar en cualquier momento – respondió Juliana, y fue la primera vez que Renato escuchó esa trillada frase. Pero no le importó, esa respuesta significaba que ella estaba dispuesta a dar un siguiente paso pero no en ese momento. No era un 'no', era más bien un 'ahora no'.

El reloj marcó las tres con treinta y cuatro cuando el timbre sonó, borrando todo recuerdo de la cabeza de Juliana. Se paró del sofá, se acomodó el vestido y se arregló el cabello. Caminó decidida hacia la puerta, contenta, palpitando de la emoción, llena de ilusiones y libre de cualquier sentimiento de culpa, al menos quiso sentirse así por esos dos días.

Renato apareció al abrir la puerta. Ella lo recibió con una sonrisa delineada por esos labios guindas, coloreados especialmente para él, para su boca. Cerró la puerta tras él y lo abrazó muy fuerte.

- Esperaba tanto verte – le susurró sin dejar de abrazarlo.
- Pero si nos hemos visto ayer – dijo él sin soltarla.
- Es verdad – continuó ella y al separarse añadió – Pero hoy será diferente...

Juliana puso el seguro interno a la puerta, por si acaso. Si alguien tocaba el timbre, de ninguna manera iría a ver quién era, pero si alguien que tenía la llave, fuera que Juan Diego regresase antes o fuera que Felipe cancelase su plan de estudio con Max, fuera que alguno de los dos llegase por cualquier motivo esa misma tarde, el seguro podría darle tiempo para reaccionar o, en ese caso, para esconder a su amante. Sin embargo, hasta el momento, todo marchaba bien, y todo apuntaba a que sería un día perfecto.

- Estoy preparando una torta – Juliana tomó de la mano a Renato y lo llevó hasta la cocina.
- Huele bien – dijo él sentándose a un lado de la pequeña mesa de mármol.

Juliana, del otro lado de la mesa y frente a Renato, se apoyó sobre sus codos, mostrando el sugerente escote de aquel vestido guinda. Cogió una cereza y se la dio de comer a Renato. Éste tomó su rostro con ambas manos y empezó a besarla, despiñándole el color intenso de sus labios.

- Te ves hermosa – le dijo lleno de deseo y siguió besándola.
- No tenemos prisa. Esta vez, no tenemos prisa...

Se separó de él y colocándose unos guantes, apagó el horno para sacar el pastel. Un aroma delicioso se perdía en el ambiente. Un aroma a pastel de chocolate y a deseo de tenerse cerca el uno al otro. Juliana vertió el contenido sobre una fuente, partió el pastel en dos mitades y utilizando una paleta, rellenoó el intermedio con una capa de crema de lúcumas. Colocó la mitad superior del bizcocho sobre el relleno y empezó a cubrirlo con el fudge de chocolate.

- Nunca había visto a una chef tan sexy – Renato contemplaba cada movimiento de ella.

Dio la vuelta a la mesa para acercarse más a ella y estando por detrás, se abrazó de su cintura y besó su cuello mientras ella hacía el mayor de sus esfuerzos por cubrir el bizcocho con el fudge. Pero en uno de esos imprecisos movimientos, manchó el vestido con un punto de chocolate.

- Si sigues así vas a terminar por ensuciarlo – dijo Renato quien no paraba de besar su cuello, sus hombros descubiertos, sus brazos.
- Y si tú sigues así, nunca tendré lista esta torta.
- Pero no querrás mancharte el vestido ¿o sí?
- Entonces déjame terminar con esto.
- O mejor aún – dijo él bajando lentamente el cierre de la espalda – Podría quitártelo para que no lo sigas ensuciando.

El cierre abierto fue dejando al descubierto la desnudez de su espalda y la perfecta curva que se hacía en la parte baja. Juliana dejó sus utensilios un instante para zafarse de las mangas del vestido y luego siguió decorando su pastel. Renato, por su parte, besaba su espalda, y sus besos descendían junto con el vestido. Lo deslizó por sus caderas, dejando al descubierto una diminuta lencería color negro que se perdía entre sus bien proporcionadas nalgas. El vestido cayó al suelo, y Juliana, sin perturbarse, levantó una a una sus piernas para terminar de quitárselo por completo. Ahora iba poniendo la crema chantilly sobre el pastel, empezando a sentirse excitada pero tratando de contenerse hasta un punto en el que ya no resistiese más.

- ¿Te falta mucho? – preguntó Renato abrazándola por la cintura desnuda.
- No mucho pero si me ayudas podría terminar más rápido – respondió girando su cabeza hacia un lado para besarlo.
- Está bien, entonces déjame ayudarte...

Renato soltó el broche de su sujetador y sus pechos dieron un brinco al sentirse libres. Renato los cogió con ambas manos mientras Juliana veía cómo sus dedos acariciaban sus pezones. Sus manos bajaron mucho más

y tomaron las delgadas tiras a ambos lados de sus caderas, y las deslizó hacia abajo recorriendo ambas piernas. Juliana hizo el mismo movimiento al igual que con el vestido y levantó cada uno de sus pies que aún seguían con los tacones de charol puestos. Renato abrazó y acarició su completa desnudez, besándola, tocándola, estrechándola contra su cuerpo.

- Está listo – dijo ella colocando la última cereza sobre la torta.
- Sí, lo sé – dijo él, haciéndola girar – Y está exquisita...

Y se besaron, con locura, con ardiente deseo. Él la apretó contra su cuerpo y sintió su desnudez incluso sobre sus ropas. Besó su cuello, sus hombros, la contrapuso con la mesa y besó sus pechos, sus pezones, sus manos y nuevamente sus labios.

El aroma a chocolate ya casi había desaparecido y el disco tocaba una siguiente balada...

"Silencio, cuando miro tus ojos y beso tu piel. Me muero, cuando me das placer, envuelto en amor..."

Y sin dejar de besarse caminaron hasta la sala, apoyándose sobre todo lo que tenían a su paso para guiarse. La pared, el refrigerador, las sillas del comedor, la mesa del comedor, las cinco teclas del piano, la repisa con libros, la mesa de centro y finalmente el sofá.

Renato se desnudó con la ayuda de Juliana. Había prisa, pero nadie iba a llegar; había desesperación, pero nadie iba a encontrarlos; había fuego, a pesar de la humedad de sus cuerpos; había entrega, complicidad, perdición, locura, fantasía, sensaciones, contacto extremo y placer, mucho placer. Cuando la penetró, sintió la humedad de su cuerpo y Juliana sintió estremecerse al sentirlo dentro. Se agitaron, el fuego en ellos se avivó mucho más, sus cuerpos exigían más, más movimiento, más roce, más placer. Luego la cargó y la llevó frente al piano. Él se sentó sobre el pequeño banquillo y la sentó a ella sobre él, de espaldas al piano. Juliana apoyó sus manos sobre el teclado, sin dejar de moverse, de excitarse, cada vez más. Renato la tomaba de la cintura y disfrutaba viéndola disfrutar. Y con cada movimiento, las manos de Juliana presionaban teclas en simultáneo, como si se trataran de sus propios gemidos. Sonidos de un piano que participaba con ellos, sonidos incoherentes, desafinados, rítmicos. Con cada movimiento, un nuevo sonido, un nuevo gemido, uno más, y uno más, y otro más, cada vez más fuerte, más desafinado, más veloz, hasta encontrar la nota más ruidosa posible, aquella que no respondía a una nota mal tocada, sino a una explosión provocada. Un solo ruido capaz de hacerlos explotar de gozo, a una sola voz, a la vez, haciendo detonar la pólvora puesta en ellos y que había sido celosamente guardada para ese día. Así lo sintieron, así lo vivieron, así hasta sentirse completos luego de haber estallado como luces multicolores en un cielo

completamente oscurecido.

- Delicioso – Renato besó sus labios.
- Delicioso – volvió a decir ella.

Se acostaron sobre el sofá, completamente desnudos. Juliana besaba su pecho. Renato cogía su cabello, enredándolo en su dedo y soltándolo luego. Besó su frente, ella suspiró.

- ¿Sabes? – Juliana besó la palma de la mano de Renato. – Le voy a pedir el divorcio.

Renato se incorporó y al hacer esto, Juliana hizo lo mismo.

- ¿Qué dijiste? – preguntó con un rostro inexpresivo.
- Que me voy a separar de mi marido.
- ¿Y eso?
- Ya no lo quiero.
- ¿Y cuándo lo decidiste?
- Ahora lo estoy decidiendo – contestó con mucha determinación – Ya lo venía pensando pero no estaba segura si ésa era la decisión correcta. Juan Diego es un excelente padre e intenta ser un buen esposo, pero ya no lo quiero. Últimamente ya no quiero que me toque y trato de evitarlo siempre que puedo y a partir de ahora no creo que se lo vuelva a permitir.
- ¿Y por qué a partir de ahora? ¿Qué te ha hecho tomar esa decisión?
- Que me he dado cuenta de algo...
- ¿De qué?
- Que te quiero a ti.

El rostro inexpresivo de Renato cambió de pronto por uno muy serio. Juliana se acomodó sobre su pecho y se recostó en él. Renato atinó a dejar caer uno de sus brazos sobre ella.

- Te quiero a ti – repitió.
- ¿Cómo puedes estar segura de eso?
- Porque lo siento. Sé que ha sido muy poco el tiempo, pero es la verdad. Me haces sentir especial, me encanta tenerte cerca, me encanta besarte. Me encanta cuando me haces el amor, cuando me tocas, cuando me miras con tanto deseo. Me gusta que seas cómplice de todo esto, que estés conmigo, aquí, ahora. Te quiero Renato, te quiero de verdad.

Renato permaneció en silencio. Incluso el equipo de sonido llevaba buen tiempo en silencio. ¡En qué maldito momento dejó de tocar!, pensó.

- ¿No dices nada? – preguntó Juliana.
- Pensaba en cómo reaccionaría...
- ¿Quién? ¿Juan Diego?
- Sí.
- No muy bien, de hecho. Pero, lo conozco...Es un buen hombre, me quiere, me ama, pero tendrá que entenderme.
- ¿Y si no?
- Y si no, nada cambia. Yo ya no lo quiero.
- ¿Y tu hijo?
- Felipe... Felipe si me preocupa, pero él ya creció. Nunca ha visto a sus padres pelear y tendrá que entenderme también. Es un chico lindo, maduro y cuando su padre lo entienda, nos reuniremos con él para conversar.

- ¿Y tú?
- ¿Yo?
- Sí, tú. ¿Qué pasará después?
- Bueno, aún no lo he pensado. Pero, ¿podría irme a vivir contigo!
- ¿Conmigo? – Renato retiró el brazo del cuerpo de Juliana.
- ¿Qué sucede?
- No lo sé. ¿No te estarás apresurando con todo esto?
- ¿A qué te refieres? ¿Qué es 'todo esto'?
- Lo de tu divorcio para empezar.
- Ya tomé la decisión. ¿Qué acaso no te alegra la idea? Tendremos más tiempo para nosotros, para estar juntos.
- Sí, claro que sí, pero tal vez sea mejor que esperemos un poco más. Podremos seguir viéndonos como hasta ahora lo hemos estado haciendo.
- Media hora antes de tus clases de piano ¿y ya? Cuidándonos de que mi hijo pueda llegar y encuentre a su madre acostándose con su profesor de piano...
- Pero hasta ahora nos ha ido bien así y tal vez tu marido tenga que volver a viajar y encontraremos estos espacios para vernos más tiempo.
- ¿Y mientras tanto tengo que seguir durmiendo con él, soportando que me toque cuando él quiera porque seguirá creyendo que todo anda bien entre nosotros? No, no lo quiero, no quiero que se me acerque. No, no lo quiero y no quiero nada de él. – dijo ella exaltada y cubriéndose el rostro con sus manos procurando contener las lágrimas.
- Juliana, ven aquí... – Renato la trajo hacia sí y la abrazó – No te pongas así. Mira, esperemos unos días. Debemos actuar con cautela, no se trata de dejar las cosas así porque sí. Al menos dejemos este tema para mañana...
- Pero mañana ya tendrás que irte. Y yo necesito saber qué es lo que piensas...
- Mañana vendré por la tarde, ¿a qué hora es que llega Felipe?
- Como a las seis.
- Perfecto, tendremos un par de horas para conversar y ver cómo solucionamos esto, pero por hoy tratemos de pasarla bien. – Renato le dio un beso y acarició su cuerpo desnudo y frágil.
- Está bien – Juliana le devolvió el beso haciéndolo durar unos segundos más.
- ¿Por qué no me invitas esa torta de lúcuma que tanto trabajo te costó preparar? – lo dijo con un tono irónico.
- Está bien – dijo ella sonriendo con una inocencia y complicidad propios de una mujer que se sometía sumisamente a los encantos del hombre perfecto.

Caminó con su desnudez deslumbrante. Ya casi anochecía pero su silueta aún podía verse con mucha claridad. Renato contempló la belleza de la mujer que decía quererlo, de aquella que sería capaz de dejar a su familia por irse con él, de la mujer a la que tanto deseó desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron. La vio alejarse de espaldas y vio cómo sus nalgas se movían al compás de sus pasos. Vio cómo elevó sus brazos para abrir la puerta de la alacena para sacar dos platos de loza pequeños y cómo sus pechos redondos parecían elevarse también. La vio coger un cuchillo y notó la delicadeza con la que partía dos porciones del pastel que no recordaba cómo había sido decorado a pesar de encontrarse a dos pasos de éste. Juliana cogió los platos y caminó hacia la sala, sonriendo, con su desnudez alumbrada ya bajo la luz artificial de la sala, con su cuello delgado y sus pendientes colgando todavía de sus pequeñas orejas, con el cabello suelto, con sus caderas anchas y sus compactas piernas. Caminó hacia Renato y se sentó al lado de él. Dejó un plato sobre la mesa de centro y con una cucharita partió un pedazo del que tenía en manos para dárselo de comer a él. Sus ojos quedaron a la expectativa de los

comentarios de su invitado.

- Está delicioso – dijo Renato relamiéndose los labios – No sabía que fueras tan buena en esto también...
- ¿Qué clase de profesor hace ese tipo de comentarios insolentes a la madre de su alumno? – preguntó ella juguetona.
- Pues seguro que la clase del profesor que ha quedado prendado por la belleza de una mujer que, casualmente, es la madre de su alumno.

Rieron juntos. Juliana dejó el plato a Renato y fue hasta la refrigeradora para sacar una botella de champagne y dos copas. Regresó a la sala y Renato se encargó de destapar la botella y servir el contenido en las copas. Entregó una a Juliana y brindaron.

Dime que encontraremos la forma de seguir juntos – dijo ella mirándolo con la ilusión de una promesa lanzada al aire.

Haremos todo lo posible para seguir juntos – respondió él golpeando la otra copa y bebiendo un buen sorbo.

Brindaron una vez más por ese amor que aguardaba un incierto porvenir, por esa pasión desatada que esperaba sobrevivir a los conflictos conyugales de un matrimonio exhausto y gastado, y por la noche que ensombrecía el poco tiempo que les quedaba para mantenerse juntos.

Subieron luego a la habitación de Juliana. Haberle hecho algunos cambios disimulaba un poco el habituado espacio al que ambos estaban acostumbrados, aun más ella. Renato se acostó con total descaro sobre la cama. Juliana disfrutaba viéndolo sentirse tan cómodo, compartiendo su mismo espacio e imaginando por unos momentos que ése era el lugar que ella quería para él. Y conforme las horas seguían transcurriendo, ella se sentía cada vez más segura. Dejaría a Juan Diego, seguro que sí lo haría.

Capítulo 7

7. La felicidad se esfuma.

Cuando Renato despertó la mañana del jueves, no encontró a Juliana al lado suyo. Ella se había levantado mucho antes y lo esperaba en el comedor con el desayuno casi listo.

- Siéntese profesor, no se le vaya a hacer tarde – Juliana ponía la mesa con mucho afán
- ¿Café, leche, jugo?
- Café está bien – contestó Renato sumamente complacido – Es usted muy amable.
- ¿Qué tal dormiste? – Juliana dejaba el café y el azucarero sobre la mesa. Los panes, las tostadas, el queso crema, las aceitunas y el jamón ya habían sido puestos con anticipación.
- Muy bien. ¿Y tú? – dijo Renato besándola cuando estuvieron cerca.
- Excelente. ¿A qué hora sales?
- En media hora. Así que apúrate.
- ¿Apurarme?
- Sí, apúrate.
- ¿Y para qué?
- Para bañarnos juntos.

Y al cabo de unos minutos, la pareja de amantes dejaba correr el agua sobre pieles que demandaban caricias del otro cuerpo. El agua corría entre ellos, entre besos salpicados de la cabeza a los pies, entre surcos que se formaban por el movimiento de extremidades inquietas, entre manos que tocaban cuanto podían, entre curvas que se formaban y deformaban con cada acercamiento y alejamiento. El agua corría entre ellos, bañando sus deseos, sus cuerpos jabonosos, libidinosos, ansiosos y llenos de lujurioso placer.

Juliana despidió a Renato con un beso. Aún tenía el cabello mojado y hartas ganas por no dejarlo ir. El tiempo apremiaba y hubiese deseado que al menos por esos dos días, las horas se tomaran más minutos para avanzar.

- Te veo luego.
- Que te vaya bien.

La puerta se cerró, esta vez sin seguro. Con ella sola en la casa no había ningún peligro de ser sorprendida. A no ser porque alguien pudiese sospechar que el pedazo de torta que faltaba correspondía a dos porciones de distintas personas, a no ser por las dos copas limpias que ya habían sido guardadas, por la botella de champagne que ya había sido descartada cuando quedó vacía, por las teclas del piano que podrían delatar lo mal que fueron tocadas el día anterior, por el distinto olor de la cama de un extraño que ya no estaba o por el rostro de felicidad de Juliana que no se

borraba con nada. O en todo caso, con casi nada.

El teléfono sonó. La única persona que podría llamar tan temprano era la misma persona que pertenecía a ese 'casi nada' capaz de borrar esa sonrisa radiante en un rostro radiante de una mujer radiante.

- Hola amor, ¿cómo te va?
- Hola Juan Diego – ya era imposible volver a decirle 'mi vida' – Bien, bien. ¿Cómo te va a ti?
- Mucho mejor de lo que esperábamos. Ya casi cerramos todos los contratos, así que si todo sale bien, llegaré antes de lo previsto.
- ¿Así? – Juliana no podía contener tanta emoción porque a decir verdad, no la tenía.
- Sí. Quedarnos un día más cuando ya todo está casi arreglado sería una pérdida de tiempo así que lo más probable es que llegue la tarde de mañana.
- Mañana...
- Sí. Felipe ya debe haber salido para la escuela, ¿no?
- No. Bueno, supongo que sí. Ayer se quedó en la casa de Max porque quería estudiar con él para el examen que tenían hoy.
- Ah bueno. Entonces ¿te desperté amor?
- No. De hecho acababa de salir de la ducha – y omitió decir acompañada de quién, pero recordándolo hasta ese instante.
- Bueno Juli, nos vemos mañana.
- ¿Juan Diego?
- Sí, dime.

Cómo decirle 'ya no te quiero'. ¿Sería conveniente decírselo por teléfono, estando lejos, para que en el trayecto de regreso se fuera preparando? Cómo pedirle el divorcio. ¿Sería necesario mirarlo a la cara y decirle todas esas cosas que ya no sentía por él? Cómo explicarle que quería a otro y que venía acostándose con él desde hace un tiempo. ¿Sería necesario tener que confesar esa parte?

- ¿Juli, estás ahí?
- No, nada...
- ¿No ibas a decirme algo?
- No. Bueno sí, pero si ya mañana estás acá, puede esperar.

¿En realidad podía esperar? ¿Qué acaso no tenía la urgencia de deshacerse de él? ¿Qué acaso no esperaba la llegada de la tarde para volver a ver a Renato? Sí, podía esperar, el día de mañana se lo diría.

- Bueno, está bien. Nos vemos mañana. Un beso.
- Adiós.

Y su rostro dejó de lucir tan feliz y pensó que hubiese sido mejor decirle algo, adelantarle algo, decirle que al menos había un problema sin explicarle de qué se trataba y que necesitaba hablar con él. A veces no es necesario ser tan directa, él la conocía muy bien y podría intuir por dónde iba el asunto. Pero no, jamás se imaginaría algo así, hubiera pensado en cualquier otra cosa pero lo último que creería sería que ella lo dejaría. Hubiera pensado que el médico le había dicho que no podría quedar embarazada o que tenía alguna enfermedad muy grave, cualquier otra cosa, pero nunca se acercaría a la verdadera causa que la aquejaba.

Cualquier otra cosa, nada más alejada de la verdad.

Transcurrió la mañana y conforme se iba acercando la tarde, volvió a sentir esa emoción de poder recibirlo una vez más, de poder tenerlo cerca a ella aunque luego tuviese que decirle adiós hasta nuevo aviso, y volver a su vida rutinaria, a esperarlo dos veces por semana, minutos antes de las cuatro, contra el tiempo, a escondidas. No, ya no más. No podría tolerarlo más, ni el acercamiento de Juan Diego, ni el alejamiento de Renato. Conversaría con uno por la tarde y al día siguiente con el otro. Hubiese preferido tener que alterar el orden de estos eventos pero las circunstancias habían querido que las cosas se dieran así, en ese orden, primero la parte alegre, la buena noticia, decirle a Renato que lo quería y que se iría con él. Y luego, la parte fea, la mala noticia, el rompimiento de su matrimonio que parecía no tener ningún problema y que tal vez ése haya sido el principal problema, el contexto idílico, el esposo perfecto, y una relación de años que ya no le generaba ninguna sensación desbordante, ninguna alteración de sus emociones, nada, ya no quedaba nada. Era contradictorio porque esto era lo que muchas personas hubiesen deseado tener, una familia armoniosa, unida, consolidada. Pero no era su caso, ya no.

La tarde se acercaba, la casa había quedado lista y ella pronto lo estuvo también. Almorzarían juntos y hablarían del tema. Él estaría de acuerdo y se sentiría feliz al igual que ella. Harían planes, discutirían sobre cómo darían los siguientes pasos, cuándo se mudaría con él o cómo harían para verse hasta que esté por fin divorciada, entre otras cosas. Podría seguir dictando clases a Felipe, aunque si tuviese que revelar el nombre de su amante, no podría seguir yendo a la casa.

Pasada las tres se sentó a esperar. Las últimas veinticuatro horas habían conformado un bello día. El sol brillaba fuera, los haces de luz atravesaban la rendijas de las persianas nuevas, las sombras de personas que deambulaban por la calle pasaban de rato en rato. Volvió a poner el CD que había sonado la tarde de ayer...

"Cuando recuerdo tus besos, busco un tranquilo lugar, donde apoyar mi cabeza, donde ponerme a soñar. Respirar, en la penumbra, suspirando de a pocos. Te siento de solo pensar..."

Miró su reloj. Tres y media. Se miró al espejo, se puso un poco más de labial, rojo, muy rojo. Giró para ver cómo le quedaba su nuevo atuendo y le gustó lo que vio. Su sensualidad le emanaba de forma natural, sin proponérselo, con tan solo pensar en él. Se sentó nuevamente en el sofá, la música seguía tocando baladas de amor, cantó algunas estrofas y sonrió al recrear parte de ellas.

Tres con cuarenta. Se asomó por un orificio a través de las persianas. Se volvió a sentar. Fue a la cocina y se sirvió un vaso con agua. Regresó al

sofá. Tomó una revista y la revisó hasta dos veces. Bebió un par de sorbos del vaso, dejando la huella de su labial en el borde y luego lo dejó sobre la mesa de centro.

Miró su reloj. Tres con cincuenta. Tenía las piernas cruzadas pero una de ellas empezó a inquietarse. Se puso de pie y abrió la puerta. Miró en ambas direcciones y no vio a nadie conocido. Era extraño. Nunca antes se había retrasado, a no ser por la primera vez en la que llegó exclusivamente para dictar su clase. Cerró la puerta y fue a buscar su celular pero no encontró nada en él. Ningún mensaje. Ninguna llamada para avisar que llegaría tarde. Pudo haberle pasado algo, pensó.

Marcó su número cuando el reloj daba las cuatro. Timbró, e irónicamente le respondió la contestadora. Escuchó el pitido al final y entonces le dejó un mensaje: "Renato, te estoy esperando. ¿Todo bien?"

Al cabo de unos minutos, un mensaje de texto:

Estoy bien, sólo que no podré ir hoy. Lo siento. Hablamos después.

Y eso fue todo. No contestó la llamada siguiente, ni la subsiguiente. Tampoco envió más mensajes. Juliana podía sentirse tranquila porque sabía que él estaba bien, pero no tenía claro qué era lo que había pasado para que no pudiese ir. ¿Y qué habría querido decir con ese 'lo siento'? Se quedó pensativa. Subió a su habitación y prendió el televisor. Se le quitó el apetito y también la sonrisa que llevaba puesta minutos antes.

Mientras tanto, en la sala, la música seguía sonando...

"De pronto una eterna alegría, de pronto un eterno dolor, las palabras terminan y el recuerdo se encarga de la soledad..."

Capítulo 8

8. La confesión.

Viernes. La puerta se abrió. Juliana terminaba de hacer algunas cosas en la cocina. Felipe entró y saludó a su madre con un beso.

- ¿Y Renato no ha llegado todavía? —dijo el muchacho muy extrañado.

Juliana evadió la mirada y concentró su atención en la puerta del refrigerador que terminaba de limpiar.

- Quizás se le hizo tarde. Mamá, tal vez podrías llamar para ver si viene...

Juliana restregó con más fuerza el trapo mojado con el que quitaba restos de chocolate.

- ¿Mamá? —insistió Felipe.

Juliana se detuvo. Tenía un semblante pálido, inexpresivo y una mirada oscura en la que sólo resaltaban signos de interrogación vacíos, desprovistos de preguntas formuladas.

- Coge mi teléfono y llámalo, por favor, que ando ocupada.

Felipe tomó el móvil de su madre y buscó el número guardado con el nombre de 'Prof. Renato'. Juliana seguía atenta a cada uno de los movimientos de su hijo. Felipe acercó el aparato a su oreja y al cabo de unos segundos se separó de él.

- No contesta. Qué extraño. ¿Le habrá pasado algo?

Juliana hubiese querido saberlo también.

- No lo creo. Intenta llamarlo después o deja que él se comunique cuando pueda —dijo procurando tener el control de la situación cuando en realidad no tenía idea sobre la situación en la que se encontraba.
- Sí, está bien. —y sin prestarle mayor atención al hecho, continuó— Me fue bien en el examen de biología.
- Qué bueno cariño.
- Aunque a Max parece que no le fue tan bien.
- ¿Pero acaso no estudiaron juntos?
- Sí, pero ya ves cómo es Max, parece que de un día para otro se hubiese olvidado todo.

A Juliana estas palabras no le hicieron mucha gracia. De hecho sintió como si le hubiesen acusado de un crimen en el que se sentía más bien la

víctima.

- Mamá, ¿me sirves un pedazo de pastel? —preguntó Felipe para rematar a su madre de un tiro que nunca disparó.

El pastel. Y una secuencia de imágenes apareció en retrospectiva hasta dar con una en la que Juliana se encontraba marcando el número de Renato por quinta vez en lo que iba de la mañana. Y aunque sabía que si se encontrase trabajando no podría contestarle, insistió para hacerle entrever que necesitaba comunicarse con él. Después de ese quinto intento, bajó a la cocina por un vaso con agua y encontró dentro de la refrigeradora, un succulento pastel de lúcumas. Lo sacó, olvidándose de la supuesta sed que tenía. El pastel lucía sabroso, fresco, exquisito, delicioso. Tomó un cuchillo y hundió la parte dentada sobre el bizcochuelo lentamente, hasta que el utensilio tocó suelo firme, y su mango fue sujetado con tal fuerza que parecía querer ser hundido un par de metros más. De un solo movimiento, lo retiró de la torta y el cuchillo, cubierto de merengue, cayó muy cerca. Juliana apoyó sus manos sobre la mesa de mármol y cerró sus ojos. Tomó aire profundo y antes de que pudiera exhalarlo, ya tenía algunas lágrimas corriendo por sus mejillas. ¿Sería posible que la hubiese dejado? ¿Por qué? ¿Y si ése hubiese sido el caso, por qué no se lo dijo? ¿Se estaría apresurando una vez más al sacar estas conclusiones? No. Hay situaciones en las que el futuro no responde a un simple presentimiento, sino que se corresponde con un sentir que ya es presente. No era sólo una corazonada, ella tenía casi la plena seguridad que no se trataba de una inasistencia injustificada, sino de una cobarde fuga. Su imaginación empezó a crear extrañas figuras en la superficie del pastel, a dibujar composiciones artísticas deformadas entre la crema y las cerezas. Le pareció vislumbrar el rostro de un payaso visto de perfil, con una gran boca representada por la parte que ya había sido comida, como un diabólico bufón que se mofaba de ella. Lo último que recuerda fue que cogió el pastel con sus dos manos y lo lanzó contra el refrigerador.

- Ya no queda —contestó fríamente.
- ¿Pero si anoche cuando llegué estaba casi entera?
- La tuve que botar.
- ¿Y por qué?
- Porque sabía mal.
- Claro que no. Si ayer cuando lo probé...
- ¡Te digo que sabía mal! —Juliana alzó la voz y al notar que su hijo la miraba sorprendida, intentó remediarlo— Discúlpame Felipe pero tengo un fuerte dolor de cabeza. Ahora por la mañana cuando probé un bocado, sentí un sabor amargo y por eso la boté. Puede que alguno de los ingredientes se encontrara en mal estado y tal vez no me di cuenta. Haré otra en estos días.
- Está bien —Felipe seguía sorprendido por la reacción de su madre— Será mejor que vayas a descansar.
- Sí, eso haré.

La puerta se abrió de pronto. Un hombre alto y bien parecido apareció

cargando una maleta.

- Hola papá —dijo Felipe al acercarse a ver quién era.

Juliana lo escuchó desde la cocina. Si Renato hubiese estado en esos momentos, hubiese sido la primera vez que se hubiese encontrado cara a cara con Juan Diego, pensó.

- Hola mi amor —Juan Diego se acercó y besó a Juliana, cuyos labios permanecieron inmóviles a pesar del revoloteo emocional que vivía por dentro— ¿Estás bien?
- Tiene un fuerte dolor de cabeza —intervino Felipe.
- Sí, es verdad. ¿Qué tal tu viaje?
- Bien Juli, pero te veo pálida. ¿Desde cuándo estás así? ¿No será mejor que lo consultemos con un médico?
- No, no es para tanto. Iré a descansar un rato. Ya pasará.
- Vamos, yo te acompaño. Descansaré junto contigo.

Y ahora esto, pensó. Por un momento hubiese preferido decirle que ya no le dolía nada, que ya estaba bien. Pero no era cierto.

Estando en la habitación, la misma que compartió un día antes con otro hombre, se recostó de lado sobre la cama. Juan Diego, le quitó los zapatos y se acostó al lado de ella. Y la miró, con esos ojos de amor infinito hacia ella. Y notó que había algo distinto en su rostro, que su mirada andaba extraviada y que sus ojos empezaban a inundarse de lágrimas.

- ¿Qué te sucede Juli? —preguntó conmovido, tratando de recoger cada lágrima que rodaba por sus mejillas.

Juliana lo miró y sintió que el mundo se le abría en dos, que aquel hombre no merecía tenerla al lado, en su misma cama, queriéndola de ese modo. Se cubrió el rostro y su llanto se hizo más intenso y sintió que aquel hombre que intentaba tomarla en brazos para consolarla, no merecía seguir viviendo engañado.

- Ya no te quiero Juan Diego —confesó entre sollozos.

Juan Diego escuchó estas palabras sin poder comprender lo que significaba y continuó acercándose a ella para tratar de tranquilizarla.

- ¿No me has oído? —volvió a decir Juliana, esta vez tratando de separarse de él— Ya no te quiero.
- No entiendo Juli...
- Ya no te quiero —y pensó que ya no sería necesario decirlo una vez más.
- ¿Ya no me quieres? —pero al parecer él aún no lo entendía.
- No.
- ¿Y desde cuándo?
- No lo sé.

Hubo silencio al cabo de este breve diálogo. Y es que no había mucho que decir o explicar. Las palabras aunque pocas, cuando son bien expresadas,

pueden significar mucho y herir demasiado.

- ¿Hay alguien más? —su rostro desencajado no daba crédito a la pregunta que acababa de hacer porque ni él mismo creía siquiera que fuese posible. Pero el silencio, delator infalible, lo condenó a sentirse arrastrado por una terrible sensación de ira sin poder siquiera exteriorizarla hasta que no lo hubiese escuchado claramente— Juliana...

Y Juliana no dijo nada. Se levantó de pronto.

- ¿A dónde vas?
- Necesito estar sola...

Y tomando su cartera y sus llaves salió rápidamente del cuarto. En la sala, Felipe practicaba en el piano y eso la hizo sentir más desdichada. Cogió su celular que seguía sobre la mesa y Felipe vio en sus ojos a una mujer que no reconocía.

- ¿Mamá?

Y en cinco pasos la puerta se abrió y se cerró sin devolverle una respuesta.

Capítulo 9

8. La confesión.

Viernes. La puerta se abrió. Juliana terminaba de hacer algunas cosas en la cocina. Felipe entró y saludó a su madre con un beso.

- ¿Y Renato no ha llegado todavía? —dijo el muchacho muy extrañado.

Juliana evadió la mirada y concentró su atención en la puerta del refrigerador que terminaba de limpiar.

- Quizás se le hizo tarde. Mamá, tal vez podrías llamar para ver si viene...

Juliana restregó con más fuerza el trapo mojado con el que quitaba restos de chocolate.

- ¿Mamá? —insistió Felipe.

Juliana se detuvo. Tenía un semblante pálido, inexpresivo y una mirada oscura en la que sólo resaltaban signos de interrogación vacíos, desprovistos de preguntas formuladas.

- Coge mi teléfono y llámalo, por favor, que ando ocupada.

Felipe tomó el móvil de su madre y buscó el número guardado con el nombre de 'Prof. Renato'. Juliana seguía atenta a cada uno de los movimientos de su hijo. Felipe acercó el aparato a su oreja y al cabo de unos segundos se separó de él.

- No contesta. Qué extraño. ¿Le habrá pasado algo?

Juliana hubiese querido saberlo también.

- No lo creo. Intenta llamarlo después o deja que él se comunique cuando pueda —dijo procurando tener el control de la situación cuando en realidad no tenía idea sobre la situación en la que se encontraba.
- Sí, está bien. —y sin prestarle mayor atención al hecho, continuó— Me fue bien en el examen de biología.
- Qué bueno cariño.
- Aunque a Max parece que no le fue tan bien.
- ¿Pero acaso no estudiaron juntos?
- Sí, pero ya ves cómo es Max, parece que de un día para otro se hubiese olvidado todo.

A Juliana estas palabras no le hicieron mucha gracia. De hecho sintió como si le hubiesen acusado de un crimen en el que se sentía más bien la

víctima.

- Mamá, ¿me sirves un pedazo de pastel? —preguntó Felipe para rematar a su madre de un tiro que nunca disparó.

El pastel. Y una secuencia de imágenes apareció en retrospectiva hasta dar con una en la que Juliana se encontraba marcando el número de Renato por quinta vez en lo que iba de la mañana. Y aunque sabía que si se encontrase trabajando no podría contestarle, insistió para hacerle entrever que necesitaba comunicarse con él. Después de ese quinto intento, bajó a la cocina por un vaso con agua y encontró dentro de la refrigeradora, un succulento pastel de lúcumas. Lo sacó, olvidándose de la supuesta sed que tenía. El pastel lucía sabroso, fresco, exquisito, delicioso. Tomó un cuchillo y hundió la parte dentada sobre el bizcochuelo lentamente, hasta que el utensilio tocó suelo firme, y su mango fue sujetado con tal fuerza que parecía querer ser hundido un par de metros más. De un solo movimiento, lo retiró de la torta y el cuchillo, cubierto de merengue, cayó muy cerca. Juliana apoyó sus manos sobre la mesa de mármol y cerró sus ojos. Tomó aire profundo y antes de que pudiera exhalarlo, ya tenía algunas lágrimas corriendo por sus mejillas. ¿Sería posible que la hubiese dejado? ¿Por qué? ¿Y si ése hubiese sido el caso, por qué no se lo dijo? ¿Se estaría apresurando una vez más al sacar estas conclusiones? No. Hay situaciones en las que el futuro no responde a un simple presentimiento, sino que se corresponde con un sentir que ya es presente. No era sólo una corazonada, ella tenía casi la plena seguridad que no se trataba de una inasistencia injustificada, sino de una cobarde fuga. Su imaginación empezó a crear extrañas figuras en la superficie del pastel, a dibujar composiciones artísticas deformadas entre la crema y las cerezas. Le pareció vislumbrar el rostro de un payaso visto de perfil, con una gran boca representada por la parte que ya había sido comida, como un diabólico bufón que se mofaba de ella. Lo último que recuerda fue que cogió el pastel con sus dos manos y lo lanzó contra el refrigerador.

- Ya no queda —contestó fríamente.
- ¿Pero si anoche cuando llegué estaba casi entera?
- La tuve que botar.
- ¿Y por qué?
- Porque sabía mal.
- Claro que no. Si ayer cuando lo probé...
- ¡Te digo que sabía mal! —Juliana alzó la voz y al notar que su hijo la miraba sorprendida, intentó remediarlo— Discúlpame Felipe pero tengo un fuerte dolor de cabeza. Ahora por la mañana cuando probé un bocado, sentí un sabor amargo y por eso la boté. Puede que alguno de los ingredientes se encontrara en mal estado y tal vez no me di cuenta. Haré otra en estos días.
- Está bien —Felipe seguía sorprendido por la reacción de su madre— Será mejor que vayas a descansar.
- Sí, eso haré.

La puerta se abrió de pronto. Un hombre alto y bien parecido apareció

cargando una maleta.

- Hola papá —dijo Felipe al acercarse a ver quién era.

Juliana lo escuchó desde la cocina. Si Renato hubiese estado en esos momentos, hubiese sido la primera vez que se hubiese encontrado cara a cara con Juan Diego, pensó.

- Hola mi amor —Juan Diego se acercó y besó a Juliana, cuyos labios permanecieron inmóviles a pesar del revoloteo emocional que vivía por dentro— ¿Estás bien?
- Tiene un fuerte dolor de cabeza —intervino Felipe.
- Sí, es verdad. ¿Qué tal tu viaje?
- Bien Juli, pero te veo pálida. ¿Desde cuándo estás así? ¿No será mejor que lo consultemos con un médico?
- No, no es para tanto. Iré a descansar un rato. Ya pasará.
- Vamos, yo te acompaño. Descansaré junto contigo.

Y ahora esto, pensó. Por un momento hubiese preferido decirle que ya no le dolía nada, que ya estaba bien. Pero no era cierto.

Estando en la habitación, la misma que compartió un día antes con otro hombre, se recostó de lado sobre la cama. Juan Diego, le quitó los zapatos y se acostó al lado de ella. Y la miró, con esos ojos de amor infinito hacia ella. Y notó que había algo distinto en su rostro, que su mirada andaba extraviada y que sus ojos empezaban a inundarse de lágrimas.

- ¿Qué te sucede Juli? —preguntó conmovido, tratando de recoger cada lágrima que rodaba por sus mejillas.

Juliana lo miró y sintió que el mundo se le abría en dos, que aquel hombre no merecía tenerla al lado, en su misma cama, queriéndola de ese modo. Se cubrió el rostro y su llanto se hizo más intenso y sintió que aquel hombre que intentaba tomarla en brazos para consolarla, no merecía seguir viviendo engañado.

- Ya no te quiero Juan Diego —confesó entre sollozos.

Juan Diego escuchó estas palabras sin poder comprender lo que significaba y continuó acercándose a ella para tratar de tranquilizarla.

- ¿No me has oído? —volvió a decir Juliana, esta vez tratando de separarse de él— Ya no te quiero.
- No entiendo Juli...
- Ya no te quiero —y pensó que ya no sería necesario decirlo una vez más.
- ¿Ya no me quieres? —pero al parecer él aún no lo entendía.
- No.
- ¿Y desde cuándo?
- No lo sé.

Hubo silencio al cabo de este breve diálogo. Y es que no había mucho que decir o explicar. Las palabras aunque pocas, cuando son bien expresadas,

pueden significar mucho y herir demasiado.

- ¿Hay alguien más? —su rostro desencajado no daba crédito a la pregunta que acababa de hacer porque ni él mismo creía siquiera que fuese posible. Pero el silencio, delator infalible, lo condenó a sentirse arrastrado por una terrible sensación de ira sin poder siquiera exteriorizarla hasta que no lo hubiese escuchado claramente— Juliana...

Y Juliana no dijo nada. Se levantó de pronto.

- ¿A dónde vas?
- Necesito estar sola...

Y tomando su cartera y sus llaves salió rápidamente del cuarto. En la sala, Felipe practicaba en el piano y eso la hizo sentir más desdichada. Cogió su celular que seguía sobre la mesa y Felipe vio en sus ojos a una mujer que no reconocía.

- ¿Mamá?

Y en cinco pasos la puerta se abrió y se cerró sin devolverle una respuesta.

Capítulo 10

10. Un mal sueño

El amor. Escurridizo y complejo sentimiento. Extrema y confusa sensación. Cruel e indeciso patrón sentimental con el que la gente anhela relacionarse. A veces de forma grata cuando una sonrisa se corresponde con otra sonrisa. Y otras veces de forma no tan grata cuando un abrazo se pierde en el espectro del cuerpo deseado. A veces pretende emparejar siguiendo una línea de cualidades semejantes, como edades similares, gustos en común o pasatiempos parecidos. Y otras veces sólo aparece, en desorden, sin importarle si existe una diferencia abismal de años vividos, sin saber si considerarse prohibido, inmoral, dañino, tóxico; sin tomar en cuenta la diversidad de posibilidades con la que los seres humanos podrían involucrarse. Así de inexacto podría ser, así de incomprendido.

Entonces, ¿cuándo hablar de amor? Cuándo poder asegurar que el querer a otra persona equivale a un verdadero sentir dentro de una escala determinada por métodos científicos que la hicieron valedera. ¿Bastaría la necesidad de querer tener a la persona al lado? ¿Bastaría con sentir dentro de uno mismo, sin saber con precisión dónde, toda esa gamma de punzadas, cosquilleos, revoloteos, vacíos y demás sensaciones indescriptibles, para afirmar que se trataría de amor? ¿Alcanzaría con un 'te quiero' al no tener otras palabras para poder explicarlo? ¿Hasta qué punto esa frase, dicha muchas veces a la ligera, resultaría ser la única verdad?

El amor. ¿En alguna de sus formas podría considerarse equivocado o incorrecto? ¿Estaría mal que una mujer casada sintiera amor por otra persona que no fuese su esposo? ¿En qué casos el amor acude a cualquier llamado y en qué casos sólo llama sin saber a quién?

No se sabe dónde o cómo inicia ni cuánto dura. Sólo existe y vive dentro de uno, y crece, y se instala a sus anchas, devorando todo a su paso. Y luego, sin decir más nada, desaparece, huye y se instala en otro cuerpo, y se apodera de él, y así hasta que encuentre un refugio en el cual guarirse y permanecer ahí, por un día o por siempre...

Por la noche, el cuerpo vencido de una mujer derrotada por sus pasiones, ingresó a la habitación en la que un hombre la esperaba con alguna que otra esperanza puesta en la disolución de una confesión por la que nunca preguntó. De inmediato, Juan Diego, sin decir nada, se puso de pie y

tomó una almohada y unas sábanas que ya tenía listas al lado suyo.

- No hablaremos de esto hoy. Prefiero que estés más tranquila para poder conversar luego. Esta noche dormiré abajo —dijo saliendo de la habitación.
- No es necesario —contestó Juliana mirándole a los ojos— Me voy.
- ¿A dónde?
- Estaré bien.
- ¿Te vas con alguien más? —Juan Diego hizo esta pregunta refiriéndose a la sombra de un hombre que no conocía pero que lastimosamente, existía.
- No.
- Entonces, ¿por qué quieres irte?
- Porque no puedo seguir aquí —dijo ella a punto de derrumbarse, deshecha en llantos inacabables.
- Juliana... —dijo él acercándose a ella para sostenerla, una vez más, sintiendo rabia, decepción y mucha frustración, pero además sintiendo pena por verla así— No tienes que irte...
- ¿Cómo podría quedarme? Después de lo que acabo de decirte, después de todo lo que he hecho...
- ¿Y qué es todo lo que has hecho? —preguntó preparándose para recibir el último golpe, tal vez mortal.

Juliana agachó la mirada, Juan Diego esperaba, sentado frente a ella, una respuesta. Ella se cubrió el rostro con las manos pretendiendo ocultar su propia vergüenza y la traición que brotaba por cada uno de sus ojos.

- Te fallé a ti, a nuestro hijo. Destruí el hogar que habíamos construido por tanto tiempo, deshonré a la familia que creía en mí a ciegas. Acabé con todo eso. Acabé conmigo misma ¿Y todo por qué? Por un maldito juego de seducción en el que caí fácilmente, por mi estúpida debilidad que no supo hacerle frente a las consecuencias que ahora enfrento sola...
- ¿Desde cuándo?
- ¿Desde cuándo qué? —y tomándose unos segundos para analizar la interrogante, agregó— Cerca de dos meses...

Juan Diego se puso de pie. La verdad era que le daba igual si hubiese sido más o menos tiempo, el dolor era el mismo.

- Quédate aquí. Yo dormiré abajo. Quizás mañana...

Y sin terminar la oración, salió del cuarto y cerró la puerta, dividiendo un mundo en dos hemisferios delimitados por un campo minado, un mundo antes sólido y que ahora iba convirtiéndose en una masa gelatinosa y deforme. Y en la oscuridad de la noche, se preguntó qué parte había jugado él para llegar a tal punto, qué porción de responsabilidad le correspondía a él y qué sería lo que tendría que hacer cuando el insomnio lo despertase por la mañana del siguiente día.

Capítulo 11

11. Una pesadilla.

Felipe bajó al comedor todavía en pijamas y algo somnoliento. Encontró a su padre en la mesa, frente a su laptop. Notó la almohada y las sábanas dobladas en un rincón. La noche anterior no le fue difícil darse cuenta que sus padres habían peleado, sin conocer el motivo, pero comprendió la gravedad del asunto al llegar a la conclusión que esa misma noche no habían dormido juntos.

- Buenos días, pa...
- Qué tal hijo, ¿cómo dormiste?
- Bien, ¿y tú? —Felipe se sentó en una silla contigua.
- Bien, bien...
- ¿Se duerme bien aquí?
- Bueno, casi...
- ¿Qué fue lo que pasó?
- Tu madre y yo discutimos, es todo.
- Eso ya lo sé, pero ¿por qué discutieron?

Discutimos. Eso es todo. Y ahora un *¿por qué?* Mentira tras mentira, Juan Diego supo que tendría que responderle a su hijo. Ya no era un niño al cual podía desviar su atención tan fácilmente. Y si su joven hijo pedía respuestas, habría que dárselas siendo totalmente honestos.

- Por ahora preferiría no hablar de eso, al menos hasta que tu madre y yo lo resolvamos.
- Entonces, ¿no ha sido nada grave?
- No Felipe, no ha sido nada grave —aunque hubiese preferido responderle con la verdad.

Felipe se sintió más tranquilo con esa respuesta. Y dejó a su padre libre del interrogatorio. Juan Diego simulaba seguir concentrado en la pantalla de su laptop. Mientras tanto, en la habitación del segundo piso, Juliana llevaba varios minutos despierta, preguntándose si la pesadilla seguía transmitiéndose en tiempo real. Salió del cuarto y bajó las escaleras en silencio, pensando que los demás todavía dormían. Se acercó despacio a la sala y escuchó el murmullo de unas voces conocidas. Se detuvo y prestó atención a lo que decían.

- ¿Pa?
- Dime.
- ¿Qué fue lo que te gustó de mamá?

Felipe, más allá de querer conocer los gustos de su padre, buscaba cautelosamente una respuesta para su nube de conflictos internos que

cargaba consigo desde hace un tiempo.

- ¿Qué fue lo que me gustó de tu madre?
- Sí, cuando se conocieron. ¿Qué te atrajo de ella?

Juan Diego recordó, cuando años atrás, se conocieron en la fiesta de uno de sus amigos, cuando la vio bailar desinhibida, contorneándose al compás de la música, y que, sin lugar a dudas, lo primero que la atrajo fue...

“Mis caderas”, pensó Juliana, acertando desde su escondite y esbozando una tímida sonrisa.

- Sus ojos —dijo finalmente Juan Diego tratando de darle una connotación más importante al cuestionamiento de su hijo.

¿Mis ojos?, se preguntó Juliana incrédula. ¡Pero si eso fue lo último que me miraste!, pensó.

- Y que además tenía un buen cuerpo, unas caderas anchas...
- Bueno, ya papá, es todo lo que quería saber...
- ¿Y por qué me lo preguntas? ¿Hay alguna chica...?

Felipe se quedó pensativo. Pero no, no había ninguna chica. O al menos no lo tenía muy claro.

Juliana sintió que alguien se ponía de pie y decidió aparecer para que no se dieran cuenta que llevaba unos minutos escuchando la conversación.

- Buenos días, ma —dijo Felipe.
- Hola cariño —respondió ella, y dirigiéndose extrañamente a Juan Diego dijo— Hola.
- Hola —respondió él.
- Sólo vine por un poco de agua.
- ¿No vas a desayunar? —preguntó Felipe.
- No cariño, no me siento bien.

Juliana se retiró, disculpándose por no poder quedarse.

- ¿Por qué no vas a hablar con ella y se arreglan de una vez? —preguntó a su padre.
- No sé si sea oportuno.
- Habla con ella. Si no es nada grave, ¿para qué seguir así? ¿No has visto cómo está? Me preocupa verla así.

Juan Diego no supo qué responder. Por un momento pensó en decírselo todo pero eso no ayudaría ni un poco, aunque lo aliviaría de una carga tan pesada que aún sostenía.

- En un rato Max va a pasar por aquí. Quiere que le acompañe a comprar unos discos. ¿Por qué no aprovechas ese momento para conversar con ella?

“Hijo mío, si supieras que no hay mucho que conversar. Que esta no es una discusión cualquiera. Y que tampoco llega a ser una pelea porque nadie está defendiendo su posición. Que tienes todo el derecho a saber

qué está pasando, pero que no tengo el coraje de decírtelo todo tal cual es, sin filtros.” Se dijo para sí.

- Hablaré con tu madre... —fue lo único que dijo.

Capítulo 12

12. Tal vez no todo esté perdido.

Juliana sacaba su ropa de los cajones y la ponía dentro de una pequeña maleta.

- ¿Qué haces? —Juan Diego miraba atónito la vehemencia con la que Juliana guardaba sus cosas.
- Me voy.
- Te vas...
- Sí, me voy.
- ¿Y Felipe?
- Hablaré con él. Me entenderá.
- ¿Hablarás con él? ¿Y qué es lo que le dirás?
- ¡Maldita sea Juan Diego, no lo sé! ¡No sé qué decirle, ni siquiera puedo mirarle a la cara!
- Entonces, quédate... Puedes quedarte aquí. Yo seguiré durmiendo en la sala.
- ¿Y para qué quieres que me quede? No merezco estar aquí...
- No lo sé. Pero no quiero que te vayas...

Inoportuno sentimiento de soledad que amenaza con presentarse en situaciones como éstas. Terrible ambigüedad que no define la batalla entre el odio y el amor. Esa sensación de querer mandar todo al diablo pero además querer irse con él al infierno. Esa ilusa y constante lucha por alcanzar esa vida perfecta con la que siempre se soñó. Ese envejecer al lado de la mujer que tanto amaba, de su risa, de su cuerpo, de su compañía. Ese molesto recordar de los años que se encontraban a la vuelta de la esquina, de la vez en la que la vio bailar, de su sensualidad, de la primera vez en que hicieron el amor, de cuando terminaron y se alejaron por unos meses para luego darse cuenta que no podían vivir sin verse, de la noticia del embarazo, del nacimiento de Felipe, de dudar de su capacidad de convertirse en un buen padre..., tantas cosas, tantos años. ¡Maldición! ¿Qué carajos hice mal?, pensó.

- Lo arreglaremos... —¡Mierda! ¿Qué estoy diciendo?, pensó Juan Diego.
- Esto no se puede arreglar...
- ¡Mierda! ¡Lo arreglaremos, Juliana! —Juan Diego dio un golpe a la puerta, y luego otro, y luego otro, y poco a poco ya no le quedaron fuerzas en sus puños para seguir sosteniendo sus vagas intenciones.

Juliana se acercó a él, cogiéndole las muñecas, apoyándose sobre su espalda, llorando en silencio y sintiéndose totalmente responsable por todo el daño que le había causado. A él. Al hombre bueno, correcto y

respetable. Al buen padre, al buen esposo. Al hombre que le había dado tanto, a la persona que le había hecho tan feliz. ¿En qué momento olvidó todo eso?

- No sé cómo... —dijo entre sollozos.
- Yo tampoco lo sé pero lo arreglaremos. Te juro que lo arreglaremos...

Juan Diego besó su frente y la abrazó muy fuerte. Ella se refugió en sus brazos, frágil, sumisa, perdida.

- Perdóname... —dijo aferrándose a su camisa.
- Lo arreglaremos Juliana, lo arreglaremos... —contestó sin soltarla, convencido de que de alguna u otra manera, lo haría.

Capítulo 13

13. Empezar de nuevo.

Tres y treinta de la tarde. Unos días después. Una cita programada.

Juliana, sentada muy cómoda pero sintiéndose incómoda, le da detalles de todo lo que ocurrió. El hombre la escucha atento, le hace algunas preguntas, ella responde inquieta. Continúa hablando y en algún punto de la entrevista no puede contener el llanto.

- Es suficiente por ahora —le dice el hombre.

Juliana se va, todavía con las emociones a flor de piel pero un poco aliviada. Después de Juan Diego, este hombre es la segunda persona que lo sabe todo. Cierra la puerta y en la parte superior vuelve a leer su nombre: *Leonardo Giurffo. Terapeuta familiar*. Juliana se aleja, preguntándose si servirá de algo, si esto podrá ayudarla. Pero sabe que tiene que intentarlo.

Después, ya más calmada, llega a casa. Felipe está terminando sus clases de piano y despide con mucha educación a su nueva profesora de piano. Juliana también se despide de ella, luego coge el teléfono y hace una llamada.

- Ya regresé.
- ¿Y cómo te fue?
- Bien.

Juan Diego en su oficina la escucha apenas hablar y entiende que han dado un gran paso. Él también tendrá que asistir a una de estas citas con el terapeuta, sin tener la certeza de que pueda funcionar con ellos. Pero dijo que podrían arreglarlo, así que tendrá que intentarlo.

Por la noche llega a casa, cuando la cena está casi lista. Los tres se sientan a la mesa. Juliana y Juan Diego casi ni hablan. Felipe, quien sabe que sus padres no pasan por un buen momento sin entender del todo por qué, intenta romper el hielo, hablándoles de cosas sin importancia, con tal de que aquella escena no forme parte del rodaje de una película de cine mudo. Intenta contar cosas divertidas, sin mucho éxito. Nunca ha sido bueno para contar chistes, menos delante de sus padres. Entre amigos es distinto. Sin embargo, lo tonto que se le ve pretendiendo ser un buen comediante, obliga a los dos asistentes de su espectáculo a sonreír aunque sea de forma burlona y complaciente. Felipe sabe que ha dado un gran paso y, satisfecho por semejante hazaña, pide permiso para retirarse ni bien termina de comer, dejando a sus padres solos, puede que a

propósito.

Juliana y Juan Diego permanecen sentados, queriendo decirse mucho tal vez, pero siendo conscientes que como niños de un año, tendrán que volver a aprender a hablar antes de poder comunicarse.

- ¿Y si no funciona? —Juliana quisiera ser más optimista pero no lo consigue.
- Creo que si no lo intentamos, no lo sabremos...
- Pero dime, si no funciona ¿qué haremos?
- Lo único que se puede hacer en estos casos. Nos divorciaremos. Pero no quisiera pensar en eso todavía. Todo es reciente y esto tomará su tiempo pero necesito que confíes, si es que realmente quieres que funcione de nuevo.
- Tengo miedo.
- ¿De qué?
- De no poder hacerlo.
- Lo harás. Juliana, lo haremos. Necesito que estés tranquila y que creas que sí podremos lograrlo.
- Ustedes no se merecían nada de esto. Yo...
- Juliana. Estamos trabajando en ello —Juan Diego baja el tono de su voz y continúa— Felipe no sabe mucho y creo que es mejor que no sepa nada.
- Pero tú...
- Yo estaré bien. Estaremos bien. Pero necesitamos avanzar poco a poco. No será fácil. Pero necesito saber que lo intentarás.

Juliana baja el rostro, desolada, callada. Juan Diego le coge del mentón con suavidad.

- ¿Juliana?
- Lo haré...

Capítulo 14

14. Un gran paso.

Varias citas al terapeuta. Juntos y por separado. Varios desayunos, almuerzos y cenas con mucho apetito y pocas palabras. Varios días esquivando miradas. Varios días repitiéndole que sí lo lograrían. Nuevas citas con un nuevo psicólogo. Felipe también participa en ellas, igual no está enterado de nada. Juntos decidieron que no se lo dirían. Varias clases de piano, la nueva profesora es muy hábil y tiene una forma muy jovial para enseñar. A Felipe le parece muy bonita y esta vez no se siente extraño. Se ha dado cuenta que su boca pequeña le llama la atención y que al tenerla cerca le gusta oler su perfume. Las ideas confunden pero el cuerpo nunca se equivoca. Por eso ya ni recuerda al profesor anterior.

La profesora invita a Felipe a participar en un festival de música en el que podrá concursar. Felipe acepta encantado y se prepara día y noche para ese momento. El día llega, y unos padres orgullosos del hijo que tienen, acuden al evento. Se sientan uno al lado del otro, por el momento es la cercanía más próxima que se pueden permitir. Felipe despliega talento e interpreta una bella melodía. El público aplaude, sus padres lo hacen mucho más fuerte. Al final, dan a conocer el resultado. Felipe no ha ganado, ni siquiera ha quedado en segundo o tercer lugar. Sin embargo, eso no le preocupa. Para ser su primera presentación, lo ha disfrutado mucho, sobre todo porque de alguna manera, ha podido juntar a sus padres. Él también se esfuerza, y sin tenerlo claro, también lo intenta.

Muchas semanas más. Cambio de estación. La sala se hace fría. Juan Diego va a su habitación a buscar algunas colchas más. Juliana ya está acostada viendo televisión.

- Compraré una estufa

Juliana sonríe.

- ¿Por qué no te quedas?

Juan Diego no responde, hace como que no escucha y simula estar arreglando las colchas que sacó del closet a pesar de haberlo encontrado todo muy ordenado.

- Que descanses.

Juliana no insiste. Juan Diego sale de la habitación y en breve se acomoda en ese incómodo sofá. Se arropa, se cubre hasta el cuello, cambia de posición, se inquieta, se sienta. Arregla de nuevo las colchas, cubre bien sus pies, se vuelve a acostar de lado, cierra los ojos. Pero no puede dormir. Se sienta otra vez, se toma unos segundos como recordando algo que podría solucionar su problema por esa noche. Rápidamente se acuerda de un *¿por qué no te quedas?* Se pone de pie y sube las escaleras. Juliana lo ve entrar otra vez cargado de las colchas que se llevó un rato antes.

- Mañana mismo compraré una estufa —dice acostándose sobre la cama sin llegar a meterse dentro, cubriéndose con las colchas que ya tenía en sus manos.

Juliana sonríe.

- Que descanses.
- Buenas noches.

Ambos se sienten extraños. Vuelven a compartir la misma cama después de dos meses, y se sienten raros, a pesar de haberla compartido casi veinte años. Se dan la espalda pero no pueden evitar pensar en lo que la otra persona podría estar pensando también.

La mañana siguiente, Felipe despierta mucho antes para ir a la escuela, y pasa de largo y sin detenerse a mirar en el cuarto de sus padres. En realidad nunca lo hace, sólo que esta vez llega a la sala y se sorprende por no encontrar a su padre ahí. Juliana, que lo escuchó bajar, aparece detrás de él.

- ¿Y papá?
- Ahí viene.

Felipe no pregunta nada más pero sonríe. En ese momento llega Juan Diego. Felipe lo mira suspicaz.

- Saliendo del trabajo iré a comprar la estufa.
- ¿La estufa? —pregunta el hijo.
- Sí, anoche hizo mucho frío y necesitaré una estufa si no quiero morir congelado esta noche.

Felipe asiente con la cabeza, aunque le gustaría decir que si la noche anterior no murió de frío, podría a volver a utilizar el mismo recurso. Pero lo piensa mejor y no dice nada. Como cualquiera de su edad, se encuentra en una etapa en la que sabe que es mejor que las cosas fluyan.

Por la noche, Juan Diego llega a la casa y sabe que ha olvidado algo. Se lo explica a Juliana. Y después de tantas visitas al terapeuta y al psicólogo, entiende que no hay ningún problema con que Juan Diego se haya olvidado de comprar la estufa. Así que por una noche más comparten la

misma cama de la misma manera que lo hicieran el día anterior.

A partir de esto, surge un nuevo conflicto, porque Juan Diego, a pesar de ser un hombre de negocios que siempre tiene en mente todas las actividades que tiene por hacer, lleva varias noches olvidando comprar la dichosa estufa. Y Juliana, por su parte, se ha convertido, probablemente gracias a las terapias, en una mujer comprensiva y bondadosa. Y así, noche tras noche, ella comprende a su olvidadizo marido. El invierno avanza, la temperatura es baja pero se mantiene estable. No obstante, una noche, dominado por su instinto de supervivencia, Juan Diego se sumerge bajo las sábanas de la cama. A Juliana esto no le sorprende porque tal vez lo estaba esperando. Están acostados de lado, pero esta vez frente a frente. Se observan, en silencio, pero sus miradas han empezado a reconocerse a gritos.

- Que descanses.
- Buenas noches, Juli.

Juliana cierra los ojos para poder dormir. Juan Diego la mira y reconoce también su belleza, sus labios, su pelo. Intenta acomodarse mejor hasta el punto de reconocer su calor. Una de sus manos busca ese calor. Ha de ser por el inclemente frío al que está expuesto. Pero lo piensa mejor y se detiene. Respira profundo y se rectifica. Pero Juliana, que no duerme aún, no permite que se aleje y toma su mano y la conduce hacia su mejilla. Luego la desvía por su cuello, sus hombros, sus pechos, su cintura, hasta dejarla reposar sobre sus caderas. Juliana abre los ojos y lo observa. La mirada de Juan Diego sigue ahí, fija, fuerte, hermosa. Juliana se acerca un poco más. Ahora, él toma su mano y la conduce por su torso hasta llegar a ese lugar que ya luce impaciente. Juliana se acerca hasta chocar con él. Y luego un beso. Uno de los dos lo ha dado. Y ambos sienten que ha sido un gran paso. Y luego otro beso. Son los únicos besos que son tiernos y ardientes a la vez. Son las únicas manos que la han tocado con tanta dulzura y con tanta pasión a la vez. Sólo su piel es tan suave e irresistible a la vez, sólo su piel, y él no deja de acariciarla para no dejar de comprobarlo. Y besos desenfrenados, manos que se tocan, cuerpos que se desnudan con furia al reencontrarse después de tanto tiempo. Es cuando sienten todo lo que se han extrañado. Se sienten absurdos, nerviosos y temerosos. Todavía quedan algunas esquirlas de los recuerdos, y no será fácil acabar con el resto de ellas. Pero lo intentan, esa noche aún más. Intentan sentirse, no como antes, sino como ahora. Sentirse hoy, con la pasión desatada por un reencuentro sexual, con las decenas de matices para un mismo sentimiento, con los errores cometidos, con los años vividos, con las lecciones aprendidas, con los obstáculos superados y los que están a punto de superarse, con todo eso, sentirse hoy. Hacen el amor y, literalmente, lo hacen. Reconstruyen de nuevo, a base de mucho esfuerzo, ese amor desgastado. Día a día, no sólo en una noche. Tendrán que aprender a regirse bajo ese ritmo, al ritmo del cambio, que es lo

único constante. Porque ya no creen en un '*vivieron felices para siempre*' sino que ahora buscan un '*vivieron procurando hacerse felices cada día*'.

Capítulo 15

Capítulo final: Sigue intentándolo.

Último día de clases para Felipe. Último año escolar.

Llega a casa y su madre está en la sala. Un hombre de baja estatura está trepado en una escalera, reparando las persianas que se quedaron atascadas el día anterior. El hombre pasa desapercibido para Felipe pero Juliana lo ha recordado muy bien, es el mismo que se las instaló hace varios meses. Pero eso la tiene sin cuidado porque otro recuerdo la tiene ansiosa. Esa misma mañana, después de despedir a su hijo y a su esposo, fue a reunirse con su médico. Recuerda muy bien lo que pasó ahí, y lo que le dijo cuando le entregó el resultado de sus análisis.

- Listo señora, ahora sí ya no va a tener problemas —el hombre la interrumpe y se sacude las manos.
- ¿Está seguro?
- Sí. Cometí un error al instalarla pero ya revisé todo y no volverá a pasar.
- Eso espero.

La puerta se abre. Juan Diego ha llegado a casa. Quedaron en salir a almorzar los tres juntos por la clausura del año escolar de Felipe. Saluda con un tierno beso a Juliana. Felipe anda buscando algo en el refrigerador. Mientras tanto, el hombre no ha dejado de mirar a Juan Diego, frunciendo el ceño con disimulo. Si su memoria no le falla, tenía el pelo castaño la primera vez que lo vio, además parece que hubiera crecido algunos centímetros y...

- Aquí tiene —Juliana le alcanza el dinero.
- Muchas gracias. Y cualquier otra cosa, ya sabe cómo ubicarme.
- Sí, muchas gracias.
- Permiso —el hombre se despide dándole la mano a Juliana y en vista de que Juan Diego está al lado de ella, también se despide de él agregando— Tiene usted una casa muy bonita.
- Gracias. Que tenga buen día. —responde Juan Diego muy atento.

Juliana procura no prestarle atención al último comentario. Sigue ansiosa por lo que les tendrá que decir a ambos. Juan Diego les comenta el lugar en el que ha hecho las reservas y todos se alistan para salir. Pero Juliana no puede esperar más. Sube a su cuarto para traer su cartera y se sienta en la cama, al lado de su mesa de noche. Abre el cajón y busca el libro en el cual ha ocultado el sobre con los resultados desde hace tres días. Se cerciora de lo que dice ahí dentro para confirmar una vez más que es verdad. Luego piensa en las palabras del médico. Hubiese preferido

decírselos de otra forma, tal vez en otro momento, pero uno nunca sabe cuándo será el mejor momento. Así que decidida, baja con el papel ya sin sobre en una mano y con la cartera en la otra. Felipe y Juan Diego la esperan detrás de la puerta.

- Tengo que decirles algo.

Juliana le entrega el papel a quien se encuentra más cerca. Felipe lo lee. No entiende todo lo que dice pero no se le hace difícil interpretarlo. Aún confundido, entrega el papel a su padre. Juan Diego lo lee y no puede creer lo que dice en esa hoja blanca. Se pierde un instante, relee el papel pero no sabe si es verdad. Entonces mira a Juliana. Felipe la está abrazando al ver que unas lágrimas han aparecido en su rostro. Entonces Juan Diego por fin se convence que el papel no le ha mentado. Y se acerca a ellos dos para abrazarlos también.

Hace tres días, el médico acompañó la entrega del sobre con estas palabras: *Felicidades Juliana, estás embarazada.*

¡Mierda! ¡Lo arreglaremos, Juliana! Aún no tienen claro si todo ya está arreglado pero ¡mierda!, ¡lo siguen intentando!